

Alain Corbin, *Les cloches de la terre. Paysage sonore et culture sensible dans les campagnes au XIX siècle*, Albin Michel, Col. L'humanité, París, 1994.

La bonanza posterior a la Revolución francesa, ya ejecutado Luis XVI y guillotinado Robespierre, trajo consigo el desmembramiento de pequeños ámbitos que habían permanecido casi intactos durante siglos. Tal fue el caso de los campanarios; cuerpos sonoros que daban cohesión a las comunidades, y a los que se respetaba tanto o más que a los ancianos. Nuevas costumbres, que respondían a la secularización del conjunto de la sociedad, desplazaron el anterior significado de aquellos símbolos religiosos a los que, al menos desde el siglo XII, se les veneraba como objetos salvíficos.

Desde 1792 los miembros de la Montaña y la Llanura propusieron fundir los sagrados metales para hacer cañones. Las campanas fueron bajadas abruptamente a pesar de rezos de comunidades enteras, de lágrimas, de forcejeos masculinos y de los abrazos con que los niños se aferraban a los cuerpos sonoros. En ese momento comenzó una batalla silenciosa para desaparecer la identidad y fuerza que las campanas daban a las comunidades. En el fondo, los revolucionarios tenían mayor interés en desacralizarlas que en hacer cañones.

Los nuevos funcionarios, antirreligiosos, en el respeto a los tañidos no veían más que un rudo fanatismo de hombres incapaces de comprender la igualdad y la ley. La metamorfosis del antiguo significado de las campanas duró más de un siglo: cien años después de que la Convención colocara la primera piedra desacralizadora, los feligreses aún salían a defender sus campanarios. Según *Les cloches de la terre* comunidades enteras protestan, aún en 1914, en contra de suspender el tañido que anunciaba el mediodía.

La historia de larga duración que nos narra Alain Corbin atraviesa el siglo XIX entre el entramado tejido por los religiosos y los funcionarios civiles. Se trata de una lucha por apropiarse de las campanas; por convertirlas en símbolos de modernidad, luego de que la conciencia municipal se percató del poder que residía en sus tañidos. Ellas controlaban el territorio con el alcance de sus sonidos. Quien poseía la llave del campanario poseía los medios de irradiación de los mensajes: de ahí las innumerables pugnas entre los magistrados municipales por trasmutar el poder de convocatoria sacerdotal con sólo tañir las campanas.

“El paisaje sonoro y la cultura sensible” del campo en el siglo XIX francés revela las profundas raíces de su tradición comunitaria; la gente se oponía a que sus campanas fueran vendidas “pues eran el orgullo y alegría de sus padres además de que con ellas se habían celebrado sus nacimientos”. Detrás de esa defensa se escondía la historia de una sensibilidad; las campanas, consideradas “ruidos de otros tiempos, eran escuchadas, apreciadas, de acuerdo con un sistema de afectos hoy desaparecido. Testigos de otra relación con el mundo y con lo sagrado, de otra manera de inscribirse en el tiempo y el espacio”, las campanas insinúan la sensibilidad de un mundo perdido.

Les cloches de la terre va de la frecuencia con que se empleaban las campanas, su volumen y sonoridad, tiempo que duraban los repiques, la complejidad de sus códigos, a las creencias y lazos comunitarios que se tejieron en torno a ellas. En este libro las campanas no aparecen como emisores aislados de un lenguaje, sino como miembros longevos que al hablar transmitían mensajes de autoridad entre los vecinos. Corbin no se detiene en la recepción práctica del sonido de los campanarios; también le preocupan las impresiones auditivas que causaron.

Sólo luego del Consulado aparecieron escritos sobre el ambiente sonoro que producía el golpe del badajo al chocar contra el metal. Los románticos añoraron las emociones que los campanarios provocaban a sus ancestros: la preocupación por recuperar la sensibilidad auditiva surgió cuando predominó el silencio de las campanas. El recuerdo de la identidad sonora en las comunidades motivó la recolección de viejos dichos: “una ciudad sin campanas es como un ciego sin bastón”. Los pueblos de campesinos, a diferencia de las grandes ciudades, que muy pronto se vieron sin campanas, rechazaron el despojo, pues sin sus sonidos, además de hallarse “desamparados”, tenían “el sentimiento de ser víctimas de una auténtica violación”.

Las historias de campanas enterradas o escondidas abunda en la Francia rural a lo largo de todo el siglo XIX y aun cuando no hayan sido comprobadas, hablan del orgullo de los poblados por sus campanarios. Los esfuerzos del Directorio, del Consulado, del Imperio y de la República para desacralizar las campanas y “desarraigar el fanatismo y supersticiones” se toparon con el rechazo de comunidades enteras. Y aunque algunos campanarios quedaron vacíos, la “revolución de la cultura sensible” fue imposible.

Porque terminar con las campanas era sinónimo de sepultar el mundo de vida pasado que ellas guardaban celosamente; en sus tañidos se encerraba una concepción del mundo que no iba a ceder fácilmente. Las campanas eran la vía para alejar a los demonios que habitaban en el aire, provocando todo tipo de peste, plagas, tempestades, inundaciones y heladas. Las antiguas creencias en

el orden angeleológico, vigentes desde tiempos de la Reforma, hacían que los vecinos se sintieran protegidos del demonio: todos sabían que las campanas lo aterraban y que vinculaban a la comunidad con los ángeles y coros celestiales. En pleno siglo XIX, aun cuando el clero ilustrado proclamaba que habían puesto fin a esas “rústicas y supersticiosas creencias”, en el bronce todavía se grababa la virtud protectora de cada campana: “yo atrapo las tormentas o a donde vaya mi voz no peligrarán por las tempestades”.

El tiempo sagrado se tambaleó ante la figura del reloj. Además de dirigirse contra la sensibilidad auditiva, el reinado de la mecánica decimonónica puso la pauta para facilitar la estancia de la temporalidad numérica. Frente a las máquinas que medían las horas, los repiques resaltaban momentos privilegiados del año, de la semana o del día, de modo que esa repetición cíclica daba la impresión de una temporalidad inmóvil. Ante ésta, un tiempo continuo, medido y acompasado agobiaba a los clérigos, quienes opinaban que su implacable regularidad conducía insidiosamente a la desacralización de los días. La sociedad comenzó a dividirse entre quienes dudaban del sentido de anunciar las horas y los que veían en los campanarios símbolos de atraso y superstición.

La extensa variedad de usos —sistemas de señales y sensibilidades auditivas existentes en la Francia rural hasta las primeras décadas del siglo XX— quedó sepultada por la intolerancia o predominio de una idea de libertad individual sobre el tiempo; no pararon las protestas en contra de que las campanas marcaran, al alba, el inicio del día. Dormir hasta mediodía hablaba de costumbres asociadas al mercado, a las modas, a la presencia de mujeres en los paseos, en fin, de un espacio público que modificó el uso de la noche. Las costumbres, aunque lentamente, cambiaron tanto como la sensibilidad auditiva y las maneras de hablar.

La autoridad dejó de transmitirse por medio de mensajes sonoros, reduciendo el sonar de las campanas a contados avisos, civiles o religiosos, fáciles de entender. Con esto se auguraba el fin de una comunidad atenta a la escucha, ajena a la difusión por escrito y en la que el rumor desempeñaba el papel de mensajero. El texto habla de poblados no homogeneizados aún por la escritura y el cronómetro, pero que tenían capacidad para crear significados propios; al tiempo que el oído suspendió su versatilidad, surgieron las horas legales y la difusión de los mensajes escritos. En última instancia, Alain Corbin se refiere a la pérdida de la capacidad para escuchar; sólo que una cosa faltaría añadir, que como la escucha no se da sin el habla, hemos de referirnos a una sociedad que perdió atributos para comunicarse.

Marcela Dávalos
ENAH-DEH